

DIEGO FUSARO

ODIO LA RESILIENCIA

CONTRA LA MÍSTICA DEL AGUANTE

Traducción de Juan Vivanco



Diego Fusaro

Título original: *Odio la resiliencia.
Contro la mistica dell'adattamento*)

**ODIO LA RESILIENCIA. Contra
la mística del aguante**

ODIO A RESILIÊNCIA. Contra a mística
da resistência

I HATE RESILIENCE. Against the Myth
of Endurance

Editorial El Viejo Topo, 2025 /
Mondadori Libri SpA (Rizzoli), 2022

ISBN (E-book): 978-8831807890.

<https://drive.google.com/file/d/1psJ-C-hFx3vKM-VEEL5HJyZOpc33lip/view>

Josué H. Araque Méndez

Universidad de Los Andes, Facultad de Ciencias Forestales y Ambientales
Escuela de Geografía
Mérida, Venezuela
e-mail: josueh@ula.ve
<https://orcid.org/0000-0002-1214-8841>

En el léxico contemporáneo de las ciencias sociales, las políticas públicas y la planificación territorial, pocos conceptos han alcanzado un estatus tan incuestionable -y casi dogmático- como el de 'resiliencia'. Elevada a la categoría de panacea universal frente a las crisis sistémicas del siglo XXI, esta palabra se ha infiltrado en el núcleo de la Gestión Integral del Riesgo de Desastres (GIRD) y la praxis socioeducativa, prescribiendo a las comunidades vulneradas la obligación casi moral de soportar el embate constante de un entorno hostil. Sin embargo, ¿qué oscuras lógicas de dominación se ocultan tras esta aparente virtud heroica del aguante? ¿Es la resiliencia una verdadera herramienta de emancipación comunitaria o, por el contrario, un sofisticado mecanismo ideológico diseñado para anestesiar la protesta y perpetuar las asimetrías socioespaciales?

El presente análisis crítico nace de la urgencia de responder a estas interrogantes desde las coordenadas del pensamiento geográfico contemporáneo. A través de un diálogo profundo con los postulados del filósofo Diego Fusaro, este documento se propone deconstruir el espejismo de la adaptación pasiva. Lejos de conformarse con las narrativas institucionalizadas que naturalizan la vulnerabilidad y privatizan el sufrimiento, el texto invita al lector a un recorrido epistemológico que fractura el paradigma hegemónico del sujeto que se resigna ante su entorno. Lo que a continuación se expone no es solo la disección teórica de un neolenguaje institucional, sino un posicionamiento en favor de la indocilidad razonada; una invitación insoslayable a repensar el espacio que habitamos, abandonando la mística de la supervivencia para recuperar el arte, históricamente necesario, de transformar radicalmente nuestra realidad.

1. Desmitificación de una palabra de poder: el marco conceptual de Fusaro

El libro *Odio la resiliencia. Contra la mística del aguante*, escrito por el filósofo italiano Diego Fusaro y publicado en español por la Editorial El Viejo Topo en 2025, constituye una de las críticas epistemológicas más lúcidas y punzantes contra uno de los vocablos más sacralizados de la contemporaneidad. En un panorama global dominado por discursos institucionales, académicos y gerenciales que ensalzan la adaptabilidad como la virtud suprema del sujeto del siglo XXI, Fusaro desentraña la densa carga ideológica que subyace tras el imperativo de 'ser resiliente'.

Estructurado en siete capítulos, de profunda densidad teórica (*Homo resiliens, Aventuras del concepto, Mística del aguante, Acepta lo inaceptable, Ontologías resilientes, Vivir sin sentido y Aguantar no es suficiente*), el texto traza una genealogía conceptual del término. El autor expone cómo el concepto migró, de manera no inocente, desde la física de los materiales inorgánicos (donde define la propiedad de los metales de absorber impactos elásticos y recuperar su forma original sin romperse) hacia la psicología, para finalmente ser colonizado por la gobernanza neoliberal y los mercados financieros internacionales.

Fusaro introduce una distinción metodológica crucial para desarmar esta retórica. Por un lado, reconoce un 'buen uso' de la resiliencia, estrictamente limitado al ámbito de la psicología clínica frente a traumas de carácter irreversible (como el duelo, la amputación o enfermedades incurables), donde la aceptación subjetiva es la única vía terapéutica posible ante la inmutabilidad del objeto. Por el otro, denuncia un 'mal uso' ideológico: la transferencia de esta categoría adaptativa hacia las esferas de lo social, lo político y lo económico. Al aplicarse sobre procesos que son históricamente producidos -y que, por ende, son terribles, pero nunca irremediables-, la resiliencia deja de ser una herramienta clínica y se convierte en una función anti sistema orientada a la sumisión.

2. La resiliencia en el marco de la GIRD: la naturalización fatalista del riesgo

Trasladar la tesis de Fusaro al campo de la geografía crítica y, específicamente, a la Gestión Integral del Riesgo de Desastres (GIRD), revela el potencial desmitificador de su obra frente a las agendas de planificación territorial contemporáneas. En las últimas décadas, la GIRD ha experimentado un proceso de 'resilienciación' auspiciado por organismos multilaterales como la Oficina de las Naciones Unidas para la Reducción del Riesgo de Desastres y el Banco Mundial. Bajo esta hegemonía discursiva, las comunidades expuestas a amenazas socionaturales en el Sur Global, predominantemente, son constantemente presionadas a 'construir resiliencia'.

Desde la geografía de los riesgos, este imperativo actúa mediante lo que Fusaro define como la 'naturalización fatalista de lo histórico'. El discurso institucionalizado de la GIRD asume la vulnerabilidad territorial como una condición natural dada, equiparando el impacto de inundaciones, deslizamientos de tierra o sismos con la fuerza inevitable de un fenómeno inorgánico ante el cual el asentamiento humano solo debe aprender a resistir. Este procedimiento ideológico invisibiliza deliberadamente la producción social del riesgo. El capital inmobiliario desregulado, la segregación socioespacial de las periferias urbanas, la deforestación de cuencas y el abandono de las políticas públicas de ordenamiento territorial - que empujan a las clases desposeídas a habitar las laderas y planicies de inundación más inestables- quedan transfigurados en simples 'factores de riesgo' externos e ineludibles.

Al desvincular el riesgo de sus raíces estructurales en el modelo de acumulación capitalista, la GIRD tradicional impone al sujeto marginado la condición de *Homo resiliens*. En lugar de promover la transformación radical del espacio geográfico mediante la justicia social y el control democrático del territorio, las intervenciones técnicas se reducen a capacitar a las comunidades para que se autogestionen ante el desastre, 'ablanden' sus demandas colectivas y

dominen la 'agilidad emocional' para asimilar el golpe. La resiliencia institucionalizada desactiva así la indignación colectiva y la *conciencia infeliz*, pasiones políticas indispensables para disputar el orden espacial impuesto.

3. Soluciones biográficas a contradicciones sistémicas del territorio

Otro de los aportes fundamentales de la obra aplicados a la crítica territorial es la denuncia de la individualización de las contradicciones objetivas. Retomando la noción de Ulrich Beck sobre las 'soluciones biográficas a contradicciones sistémicas', Fusaro evidencia cómo la resiliencia privatiza y psicologiza el sufrimiento. En el marco de la GIRD neoliberal, la seguridad y la mitigación del riesgo dejan de ser un derecho garantizado por el Estado y se transforman en una responsabilidad exclusiva de la comunidad afectada.

Si un asentamiento autoconstruido colapsa ante lluvias torrenciales, la narrativa hegemónica no cuestiona la exclusión socioeconómica que obligó a esas familias a ocupar un suelo frágil. Por el contrario, la culpa es sutilmente introyectada en el sujeto: el desastre se atribuye a una 'falta de resiliencia comunitaria', a la carencia de planes de contingencia locales o a la incapacidad adaptativa del grupo para 'auto-repararse' ante el daño. Las comunidades son empujadas a comportarse como empresarios de su propia seguridad física, asumiendo los costos materiales y emocionales de la reconstrucción mientras las estructuras de poder que producen la vulnerabilidad quedan intactas y sin responsabilidad.

Esta dinámica se ilustra de manera brillante a través de la figura de Sísifo feliz, propuesta por Albert Camus y criticada por Fusaro. Las poblaciones vulneradas en América Latina y el mundo son condenadas a empujar eternamente la roca de la reconstrucción de sus viviendas e infraestructuras colapsadas sobre el mismo espacio de peligro, convenciéndose de que cada ciclo de devastación y asistencia humanitaria

paliativa representa una oportunidad de aprendizaje y un factor de crecimiento espiritual o comunitario. Se santifica así el inmovilismo político y la resignación pacificada ante la recurrencia del desastre.

4. Des-fatalizar el espacio y recuperar el arte de resistir

Odio la resiliencia representa una contribución epistemológica indispensable para los geógrafos, planificadores y profesionales dedicados al estudio del riesgo socionatural en América Latina. La obra nos invita a realizar un ejercicio de des-fatalización del mundo y de variación del coeficiente de inevitabilidad que la gobernanza global ha impuesto sobre nuestros territorios.

Para la geografía crítica de los riesgos es urgente deconstruir el neolenguaje institucionalizado de la resiliencia, que reduce la vida comunitaria en áreas vulnerables a una mera supervivencia de plazo fijo y a un constante ejercicio de flexibilización sumisa ante el embate del capital y las amenazas naturales. Frente a la mística del aguante y la adaptación pasiva (*flectar, non frangar*), la disciplina debe recuperar el lenguaje del conflicto, de la justicia espacial y de la 'resistencia erguida'. Como Antígona frente al monarca, la praxis de la ordenación del territorio y de la GIRD debe fundarse en la negación del presente contradictorio y en la afirmación militante de que las condiciones que configuran la vulnerabilidad de nuestras sociedades no son un destino ineludible, sino una realidad histórica que exige ser transformada.

5. Conclusión

El análisis de la obra de Fusaro permite revelar la profunda carga ideológica que se oculta tras el concepto de resiliencia. Al observar cómo esta palabra transitó desde la física de los metales hacia las ciencias humanas, se hace evidente que ha terminado por erigirse como un mandato incuestionable del orden económico actual. Este paradigma exige que el individuo se adapte de forma sumisa ante la adversidad, promoviendo

una pedagogía de la resignación. Así, mediante la búsqueda de 'soluciones biográficas a contradicciones sistémicas', la gobernanza contemporánea privatiza el sufrimiento y disuelve la acción colectiva, despojando al sujeto de su capacidad histórica para transformar su realidad y confinándolo a la tarea solitaria de resistir.

En el campo de la geografía y la gestión del riesgo, la adopción acrítica de este discurso se materializa en una peligrosa naturalización fatalista del territorio. Las instituciones suelen sostener una narrativa que desconecta las vulnerabilidades de sus verdaderas causas estructurales, como la desregulación urbanística, la marginación y la segregación espacial, para presentarlas como simples fatalidades impuestas por el entorno. Nace así la figura del *homo resiliens*, un sujeto al que se le condena a reconstruir cíclicamente su vida sobre las mismas ruinas del desastre, bajo la premisa de que esa es su única opción posible. Se instaure, en definitiva, una mística del aguante que adormece la indignación comunitaria y mantiene intactas las asimetrías de poder que verdaderamente originan la catástrofe.

Ante este panorama, la praxis educativa y la ordenación del territorio demandan una perspectiva crítica que rompa con la narrativa de la supervivencia perpetua y la flexibilización pasiva. En lugar de aceptar el precepto de 'doblar para no romperse' (*flectar, non frangar*), resulta apremiante reivindicar una postura de resistencia activa y de indocilidad razonada (*frangar, non flectar*). La tarea fundamental consiste en desfatalizar el mundo, cuestionando los lenguajes de la asimilación para construir, en su lugar, una conciencia emancipadora. Solo al rechazar las contradicciones del presente y comprender que la vulnerabilidad no es un destino inevitable, sino un constructo histórico que exige ser transformado, será posible redimir el espacio habitado y devolver a las comunidades la capacidad de forjar una libertad genuina.